

antes podía, con fundamento, haber esperado apoderarse de Flandes y dar leyes á Alemania. Al presente, se podría dar por muy contento, si lograba defender sus fronteras contra una confederación tal, como no se había visto en Europa desde hacía muchos siglos. De esta situación tan nueva, tan embarazosa, tan alarmante, sólo podría sacarle una contrarrevolución ó una guerra civil en las Islas Británicas. Vióse, pues, obligado por la ambición y el temor á abrazar la causa de la dinastía caída; y la justicia obliga á añadir que al tomar esta medida cedía á impulsos más nobles que la ambición ó el temor. Era su corazón naturalmente compasivo, y la ocasión presente no podía menos de haber excitado su compasión. Su alto cargo había impedido á sus buenos sentimientos desarrollarse plenamente. La simpatía rara vez es muy honda allí donde hay gran desigualdad de condición, y él se veía tan alto sobre el común de sus semejantes, que sus desdichas sólo le inspiraban débil conmiseración, semejante á la que suelen causarnos los sufrimientos de animales inferiores, el hambre de un petirrojo ó los padecimientos de un caballo atropellado. La devastación del Palatinado y la persecución de los hugonotes, no le habían producido inquietud tan grande, que el orgullo ó el fanatismo no la hubieran podido vencer. Y así, toda la ternura de que era capaz, se manifestó ante la miseria de un gran Rey á quien, algunas semanas antes, servían Lorens de rodillas, y que se veía reducido ahora á la triste condición de pobre desterrado. Uníase á este sentimiento en el alma de Luis, cierta vanidad que no se puede calificar de innoble. Proponíase presentar al mundo un modelo de munificencia y cortesía, mostrando á la humanidad cuál debe ser la conducta de un perfecto caballero, en el apogeo de la fortuna y en

la más grande ocasión; y á la verdad vióse en su conducta tan caballeresca generosidad y cortesía tal como no había embellecido los anales de Europa, desde que el Príncipe Negro había permanecido en pie, detrás de la silla del Rey Juan, en la cena del campo de Poitiers.

## XXIII.

RECIBIMIENTO HECHO Á LA REINA DE INGLATERRA  
EN FRANCIA.

Tan pronto llegó á Versalles la nueva de que la Reina de Inglaterra estaba en la costa de Francia, se mandó preparar un palacio para recibirla. Carrozas y regimientos de guardias fueron despachados para ponerse á sus órdenes. Empleáronse jornaleros en arreglar el camino de Calais, para que pudiera hacer el viaje con mayor comodidad. Aseguróse á Lauzun que no sólo se le perdonarían sus antiguos errores, merced á la Reina, sino que fué honrado con una carta amistosa de puño y letra de Luis XIV. Hallábase María en camino para la corte francesa cuando supo que su marido, después de un viaje penoso, había desembarcado, sano y salvo, en la pequeña aldea de Ambleteuse. Enviáronse inmediatamente, desde Versalles, personas de alto rango para recibirle y escoltarle. En tanto, Luis XIV, acompañado de su familia y de la corte, salía con toda solemnidad á recibir á la desterrada Reina. Marchaban delante de su espléndida carroza los alabarderos suizos. A los lados y detrás cabalgaban los guardias de Corps, llenando el aire con el estrépito de los címbalos y el resonar de



las trompetas. Después del Rey, en cien carrozas tiradas cada una por seis caballos venía la más espléndida aristocracia de Europa, y no se veían más que plumas, cintas, joyas y bordados. Aun no se había adelantado mucho la procesión, cuando se anunció que María se acercaba. Luis bajó de la carroza y se adelantó, á pie, á su encuentro. La Reina prorrumpió en vehementes expresiones de gratitud. «Señora, dijo su huésped, *triste es el servicio que os presto en este día. Espero poder, muy pronto, prestaros otros mayores y más agradables.*» Abrazó al pequeño Príncipe de Gales, é hizo que la Reina ocupara su derecha en la regia carroza. Entonces la cabalgata volvió grupas y se dirigió á Saint-Germain.

En Saint-Germain, en el lindero de una selva abundantísima en caza y en la cumbre de una colina que domina el tortuoso curso del Sena, Francisco I había edificado un castillo, y Enrique IV había construido una hermosa terraza. De todos los sitios de recreo de los Reyes de Francia, ninguno disfrutaba aire más saludable ni dominaba más bella perspectiva. La gran corpulencia y venerable antigüedad de los árboles, la belleza de los jardines, la abundancia de las fuentes, eran por do quiera famosas. Allí había nacido Luis XIV, y en su juventud allí había tenido su corte, agregando algunos soberbios pabellones al palacio de Francisco y completando la terraza de Enrique. Pronto, sin embargo, concibió el magnífico Rey inexplicable disgusto por el lugar de su nacimiento. Dejó á Saint-Germain por Versalles, y gastó sumas casi fabulosas en la vana tentativa de convertir en paraíso un lugar singularmente estéril y malsano, donde todo era arena ó lodo, sin árboles, sin agua y sin caza. Saint-Germain fué elegido ahora para residencia de la familia Real de Inglaterra. Habíase

amueblado suntuosamente con gran rapidez. Pusieron especial esmero en que la habitación del Príncipe de Gales tuviera cuanto un niño puede necesitar. Uno de los criados presentó á la Reina la llave de un soberbio cofrecillo que había en su cámara. María abrió el cofre y encontró dentro seis mil pistolas.

## XXIV.

## LLEGADA DE JACOBO Á SAINT-GERMAIN.

Al día siguiente llegó Jacobo á Saint-Germain, á donde ya había acudido Luis XIV á recibirle. El infeliz desterrado hizo tan profunda reverencia que pareció que iba á abrazar las rodillas de su protector. Luis XIV le levantó y le estrechó en sus brazos con fraternal ternura. Los dos Reyes entraron en seguida en la cámara de la Reina. «*Aquí hay un caballero,* dijo Luis á María, *á quien tendréis mucho gusto en ver.*» Y luégo, después de suplicar á sus huéspedes que le visitaran al siguiente día en Versalles y que le proporcionaran el placer de mostrarles sus palacios, sus cuadros y sus jardines, se despidió sin ceremonia, con la familiaridad de un antiguo amigo.

Pocas horas después se anunciaba á la real pareja que mientras hicieran al Rey de Francia el honor de aceptar su hospitalidad, recibirían anualmente cuarenta y cinco mil libras esterlinas, que se les pagarían de su bolsillo particular. Además se les enviaron diez mil libras para atender á los gastos del momento.

No era, sin embargo, tan rara y digna de admiración la liberalidad de Luis XIV, como la exquirita delicadeza con que se esforzaba en no lastimar los sen-



timientos de sus huéspedes y en aliviarles del casi intolerable peso de los favores que les otorgaba.

El que hasta aquí se había mostrado, en todas las cuestiones de precedencia, intransigente, escrupuloso en demasía, insolente; el que más de una vez había estado pronto á mover guerra á toda Europa antes que ceder en la más insignificante cuestión de etiqueta, mostrábase ahora igualmente escrupuloso, pero escrupuloso en favor de sus infortunados amigos y en contra de sí mismo. Dió orden que se tributasen á María las mismas señales de respeto que á su difunta esposa. Suscitóse una cuestión con motivo de saber si los Príncipes de la casa de Borbón tenían derecho á sentarse en presencia de la Reina. Tales frivolidades se tomaban muy en serio en la antigua corte de Francia. Había precedentes en pro y en contra; pero Luis XIV decidió la cuestión en favor de sus huéspedes. Algunas damas de ilustre cuna omitían la ceremonia de besar la orla del vestido de María. Notó Luis XIV la omisión, y lo advirtió con tal acento y tal mirada, que toda la nobleza en lo sucesivo hubiera estado pronta á besarla el zapato. Cuando *Ester*, escrita entonces por Racine, fué representada en Saint Cyr, María ocupaba el puesto de honor. A su derecha estaba Jacobo, y Luis se colocó modestamente á la izquierda. Y no contento con esto, compláciale ver que en su propio palacio un proscrito que vivía de sus bondades, cuando tomaba el título de Rey de Francia, acuartelase en su escudo los leones de Inglaterra con las flores de lis y vistiese de color violeta en los días de luto de la Corte.

La conducta de la nobleza francesa, en público, se regía en todo por la del Soberano; pero no estaba en manos de éste evitar que pensaran libremente y expresasen su pensamiento en círculos privados, con el

ingenio agudo y delicado peculiar de su nación y de su clase. Eran sus opiniones favorables á María. Parecíales su persona agradable y su conducta digna y decorosa; respetaban su valor y su maternal cariño, y lamentaban su mala fortuna. Pero Jacobo les inspiraba el mayor desprecio. Disgustábales su insensibilidad, la manera trivial con que hablaba á todo el mundo de su ruina, y el infantil placer con que gozaba de la pompa y lujo de Versalles. Atribuíaase tan extraña apatía, no á religiosidad ni á resignación filosófica, sino á estupidez y bajeza de espíritu, y se advertía que todo el que tuviera el honor de oír de labios de S. M. Británica la relación de su caída, no podía admirarse de que él se hallase en Saint-Germain mientras su yerno estaba en Saint-James (1).

## XXV.

## ESTADO DE LA OPINIÓN EN LAS PROVINCIAS UNIDAS.

Mayor aún que en Francia fué la emoción producida en las Provincias Unidas por las noticias llegadas de Inglaterra. Era este el momento en que la federación báltava tocaba al apogeo de su gloria y poderío. Grande había sido la ansiedad, en toda la nación holandesa, desde el día en que la expedición se hizo á la mar. Nunca había sido tan grande la afluencia de gente en las iglesias; nunca tan ardiente el entusiasmo de los predicadores. Los habitantes del Haya, sin poder contenerse, insultaban á Albeville.

(1) Mi relación del recibimiento hecho á Jacobo y á su esposa en Francia está tomada, principalmente, de las *Cartas de Madame de Sévigné* y de las *Memorias de Dangeau*.



Día y noche tenía su casa el populacho en tan estrecho asedio, que apenas nadie se atrevía á visitarle, y se temía que el pueblo incendiase su capilla (1). A medida que uno tras otro llegaban los correos anunciando los progresos del Príncipe, mostrábanse sus compatriotas más y más envalentonados; y cuando al fin se supo que á invitación de los Lores y de una asamblea de los más eminentes plebeyos se había encargado de dirigir la administración, una exclamación general de orgullo y alegría salió del seno de todos los partidos holandeses. Envióse en seguida una embajada extraordinaria para felicitarle. Dykvelt, cuya habilidad y profundo conocimiento de la política inglesa daban singular importancia en esta ocasión á su ayuda, era uno de los embajadores. Juntamente con él fué nombrado Nicolás Witsen, burgomaestre de Amsterdam, el cual parece haber sido elegido como para hacer ver á toda Europa, que la larga contienda entre la casa de Orange y la principal ciudad de Holanda había llegado á su término. El 8 de enero, Dykvelt y Witsen se presentaron en Westminster. Hablóles Guillermo con franqueza y efusión de corazón que rara vez desplegaba en sus conversaciones con Ingleses. Sus primeras palabras fueron: «*Y bien, ¿qué dicen ahora nuestros amigos de Holanda?*» En efecto, según parece, el único aplauso que conmovía fuertemente su estoica naturaleza era el aplauso de su querida tierra natal. Hablaba con frío desdén de su inmensa popularidad en Inglaterra, y anunciaba, con gran acierto la reacción que había de seguir. «*Aquí, decía, hoy no se oye más que hosanna, y tal vez mañana gritarán ¡crucifícale!*» (2).

(1) Atbeville á Preston, nov. 23 (dic. 3), 1688, en la Colección Mackintosh.

(2) «Tis hier nu hosanna: maar't zal, veelligt, haast Kruist

## XXVI.

## ELÍGENSE LOS MIEMBROS DE LA CONVENCION.

Al siguiente día fueron elegidos los primeros individuos de la Convención. Tomó la iniciativa la ciudad de Londres, y fueron elegidos, sin lucha, cuatro opulentos comerciantes, muy conocidos por sus ideas whigs. El Rey y sus partidarios esperaban que muchos funcionarios electorales (*Returning officers*) considerarían nulo el edicto del Príncipe; pero si alimentaban tal esperanza, el desengaño no pudo ser más completo. Las elecciones se hicieron con gran rapidez y sin el menor obstáculo. Apenas hubo lucha, porque la nación, desde más de un año antes, esperaba con gran ansiedad la reunión de un Parlamento. Dos veces se habían publicado los edictos para las elecciones, y las dos veces se habían recogido. Algunos cuerpos constituyentes, cumpliendo aquellos edictos, procedieron ahora á la elección de representantes. Apenas había un Condado donde la *gentry* y los pequeños propietarios no hubieran acordado, desde muchos meses antes, quiénes habían de ser sus can-

hem, Kruist hem, zyn.» Witsen, MS. en Wagenaar, lib. LXI.—Es extraña coincidencia que, pocos años antes, Ricardo Duke, poeta tory, muy conocido en otro tiempo, aunque hoy apenas se recuerda su nombre como no sea en el bosquejo biográfico de Johnstone, haya empleado exactamente la misma frase aludiendo á Jacobo:

«Was not of old the Jewish rabble's cry,  
Hosannah first, and after crucify!»

La Revista.

Despacho de los Embajadores extraordinarios de Holanda, enero 3 (13), 1689; Citters, en igual fecha.



didatos, buenos protestantes á quienes estaban decididos á hacer triunfar, á despecho del Rey y del lord Lugarteniente; y estos candidatos fueron elegidos ahora sin oposición.

El Príncipe dió las órdenes más severas, para que ningún individuo del Gobierno pusiera en práctica, en esta ocasión, aquellas artes que tanto habían desacreditado las anteriores elecciones. Mandó, especialmente, que no se permitiera la presencia de ningún soldado en las ciudades donde se verificaban las elecciones (1). Sus admiradores pudieron alabarse, sin que á sus enemigos fuera dado negarlo, que se había cumplido legalmente la voluntad del cuerpo electoral. Ciertamente el Príncipe arriesgaba muy poco. El partido que le era afecto estaba triunfante, lleno de entusiasmo, de vida y de energía. El partido de quien sólo podía esperar seria oposición, estaba desunido y desalentado, irritado consigo mismo y aun más irritado con su jefe natural. Los whigs tuvieron, pues, gran mayoría en los condados y distritos.

## XXVII.

## ASUNTOS DE ESCOCIA.

No sólo se extendía á Inglaterra la vigilancia de Guillermo. Habíase levantado Escocia contra sus tiranos. Todas las tropas regulares que por largo tiempo la habían tenido sujeta á Jacobo, habían sido llamadas por éste para hacer frente á la invasión holandesa, á excepción de un pequeño cuerpo que, á las órdenes del Duque de Gordon, poderoso lord católico, guarnecía el castillo de Edimburgo. Todos los correos

(1) *Gaceta de Londres*, enero 7, 1688-89.

que iban al norte durante aquel mes de noviembre, tan lleno de acontecimientos, llevaban nuevas que sembraban la agitación entre los oprimidos Escoceses. Cuando aun era dudoso el éxito de las operaciones militares, estallaron tumultos y revueltas en Edimburgo, que se hicieron más amenazadores después que Jacobo se retiró de Salisbury. Al principio, se reunía la multitud durante la noche, mas luego congregábanse las masas en pleno día. Quemábanse públicamente papas en efigie; pedíase á voz en grito un Parlamento libre y se fijaban carteles poniendo á precio las cabezas de los Ministros de la Corona. Entre aquellos Ministros, el más detestado, por desempeñar el gran cargo de Canciller, por ocupar puesto eminente en el favor real, por ser apóstata de la fe reformada y por haber introducido, el primero, el tormento de las pinzas en el sistema penal de su país, era Perth. Débiles eran sus nervios y abyecto su espíritu, y el único valor que poseía era el infame valor que arrostra impasible la deshonra y contempla con mirada indiferente los tormentos de los demás. Su deber, en la ocasión presente, le llamaba á la presidencia del Consejo; mas como le faltase valor, determinó refugiarse en su casa de campo, huyendo del peligro que, á juzgar por el aspecto y los gritos del feroz y resuelto populacho de Edimburgo, no debía estar muy lejos. Escoltado por fuerte guardia pudo llegar, sano y salvo, al castillo de Drummond; pero apenas se había alejado cuando se sublevó la ciudad. Trataron algunas tropas de combatir la insurrección, pero fueron vencidas. El palacio de Holyrood, que recientemente fuera trasformado en seminario é imprenta católica, fué asaltado y saqueado. Grandes montones de libros católicos, rosarios, crucifijos y pinturas fueron quemados en la calle Mayor. En medio de esta



agitación llegó la nueva de haberse fugado el Rey. Los individuos del Gobierno, abandonando toda idea de oponerse á la furia popular, cambiaron de partido con una rapidez muy común entonces entre los políticos de Escocia. El Consejo privado publicó un edicto mandando que todos los papistas fueran desarmados, mientras que por otro invitaba á los protestantes á alistarse para defender la religión pura. No había aguardado la nación á tal llamamiento. Ya entonces el campo y las ciudades se habían levantado en armas por el Príncipe de Orange. Nithisdale y Clydesdale eran las únicas regiones donde se temía alguna resistencia por parte de los católicos, y ambas ciudades fueron pronto ocupadas por bandas de armados presbiterianos. Había entre los insurgentes algunos miserables, sanguinarios y feroces, que antes hicieran traición á Argyle y que ahora se mostraban igualmente prontos á hacer traición á Guillermo. S. A., decían, obraba con mala intención. No había en su *Declaración* ni una palabra acerca del *Covenant*. En cuanto á los Holandeses, eran gente con quien no podía unirse ningún siervo leal del Señor. Tenían punto de contacto con los luteranos, y un luterano era hijo de perdición, ni más ni menos que un jesuíta. La voz general del reino logró, sin embargo, ahogar por completo los murmullos de esta facción odiosa (1).

Pronto llegó la conmoción á las cercanías del castillo de Drummond. Perth advirtió que no podía ya considerarse seguro entre sus servidores y colonos. Fué víctima de angustias tan terribles como las que su cruel tiranía hiciera padecer muchas veces á hombres mejores que él. En vano trató de buscar consuelo en

(1) *Sexta colección de documentos*, 1689; Wodrow, t. III, XII, 4. Ap. 150 y 151; *Exposición de las controversias*; Burnet, I, 804.

los ritos de su nueva Iglesia. Importunaba á los sacerdotes pidiendo que le consolasen, se entregaba á la oración, confesó y comulgó; pero su fe era débil, y declaró que, á despecho de todas sus devociones, los terrores de la muerte se habían apoderado de su espíritu. Supo, en este tiempo, que se le ofrecía probabilidad de escapar á bordo de un bajel surto en Brentisland. Se disfrazó lo mejor que pudo, y después de un largo y dificultoso viaje por senderos poco frecuentados que atravesaban las montañas de Ochill, á la sazón cubiertas de nieve, logró embarcarse; pero á pesar de todas sus precauciones le habían conocido y se había dado la voz de alarma. No bien llegó á saberse que el cruel renegado lograra ya embarcarse y que llevaba oro consigo, perseguidores, inflamados á un tiempo por el odio y la codicia, salieron en su busca. Un esquife, mandado por un antiguo pirata, alcanzó al fugitivo bajel y lo abordó, Perth fué sacado de la bodega vestido de mujer, desnudado, registrado y despojado. Pusiéronle al pecho las bayonetas, fué llevado á tierra y arrojado en la cárcel de Kirkaldy, mientras pedía la vida con femeniles súplicas. De allí, y por orden del Consejo que no ha mucho presidía y que en gran parte estaba formado por cómplices suyos, fué trasladado al castillo de Stirling. Era domingo, y á la hora del servicio religioso fué conducido á su nuevo arresto, pero aun los más rígidos puritanos olvidaron la santidad del día y de la oración. Salían los fieles de las iglesias, acudiendo al paso del atormentador, y en medio de amenazas, insultos é imprecaciones de odio, llegó á la puerta de la prisión (1).

(1) *Perth á lady Ewol*, dic. 29, 1688; á *Melfort*, dic. 21, 1688; *Sexta colección de documentos*, 1689.



Cuando el Príncipe entró en Londres se encontraban allí algunos Escoceses eminentes, y otros muchos se apresuraron ahora á marchar á la capital para ofrecerle sus homenajes. El 7 de enero, les invitó á presentarse en Whitehall. Reunióse una asamblea numerosa y respetable. El Duque de Hamilton y su hijo mayor el Conde de Arran, jefes de una familia de dignidad casi real, presidían la comitiva. Acompañábanles treinta lores y unos ochenta caballeros de distinción. Guillermo les mandó deliberar, pidiéndoles le comunicasen la mejor manera de contribuir al bienestar de su patria. Retiróse entonces, dejándolos solos para que discutiesen con toda libertad. La asamblea se dirigió á la Cámara del Consejo, eligiendo á Hamilton presidente. Aunque, según parece, no había gran diferencia de opinión, duró el debate tres días, hecho que explica suficientemente la circunstancia de hallarse sir Patricio Hume entre los asistentes. Arran se aventuró á recomendar una negociación con el Rey. Pero esta proposición fué mal recibida por el padre del que la presentaba y por toda la asamblea, en la cual no tuvo un solo defensor. Por fin se adoptaron resoluciones muy semejantes á las que los Lores y Comunes ingleses habían presentado al Príncipe algunos días antes. Pedíase que se reuniese una Convención de los Estados de Escocia, fijando el 14 de marzo para su reunión, encargándose hasta entonces el Príncipe de la administración civil y militar. Accedió Guillermo á lo que se le pedía, y de este modo tuvo en sus manos el gobierno de toda la Isla (1).

(1) Burnet, 1. 805; Sexta colección de documentos, 1689.

## XXVIII.

## ESTADO DE LOS PARTIDOS EN INGLATERRA.

Se acercaba el momento decisivo, y la agitación del espíritu público llegó á su colmo. Veíanse por donde quiera grupos de políticos conferenciando y hablándose al oído. Los cafés estaban en fermentación; las prensas de la capital no se daban punto de reposo. Con los libelos que aún se conservan de los publicados entonces, se podrían hacer varios volúmenes, merced á lo cual no es difícil formar idea exacta del estado de los partidos.

Había una pequeñísima fracción que deseaba devolver la corona á Jacobo, sin condiciones de ninguna clase. Había otra, también pequeñísima, que deseaba el establecimiento de la república, confiando la administración á un Consejo de Estado bajo la presidencia del Príncipe de Orange. Pero ambos extremos eran mirados con aborrecimiento por la generalidad. Formaban las diez y nueve vigésimas partes de la nación, personas en quienes el amor de la monarquía hereditaria y el amor de la libertad constitucional estaban combinados, aunque en diferentes proporciones, y que igualmente se oponían á la abolición total de la monarquía y á la restauración incondicional del Monarca.

Pero en el ancho espacio que separaba á los fanáticos apegados aún á las doctrinas de Filmer, de los entusiastas que aun soñaban con las utopías de Harrington, cabían muchos matices de la opinión. Prescindiendo



diendo de subdivisiones minuciosas, encontraremos que la gran mayoría de la nación y de la Convención estaba dividida en cuatro partidos. Tres de éstos los formaban los toríes, y el cuarto se componía de todo el partido whig.

La alianza entre whigs y toríes no había sobrevivido al peligro que le diera origen. En varias ocasiones, durante la marcha del Príncipe, había surgido la disensión entre unos y otros. Mientras fué dudoso el éxito de su empresa, gracias á su hábil política, había logrado fácilmente poner término á aquellas disensiones. Mas á partir del día en que hizo su entrada triunfal en el Palacio de Saint-James, no pudo ya continuar empleando la misma táctica. Su victoria, librando á la nación del gran temor que le inspiraba la tiranía papista, habíale privado de la mitad de su influencia. Antiguas antipatías que habían desaparecido cuando los Obispos estaban presos en la Torre y los Jesuítas tomaban asiento en el Consejo, cuando clérigos leales eran despojados en masa de los medios de subsistir, cuando fieles caballeros eran arrojados á centenares del banco de los jueces, nuevamente se mostraban ahora fuertes y activas. Temblaban los realistas á la idea de que Guillermo estuviese aliado con lo que más odiaban desde la juventud, con veteranos capitanes parlamentarios que habían asaltado su castillo, con antiguos comisarios del Parlamento que habían confiscado su hacienda, con hombres que habían tramado el asesinato de Rye House, y habían acaudillado la rebelión del Oeste. Y, por otra parte, aquella idolatrada Iglesia por la cual, después de una penosa lucha interna, habían roto los lazos que los sujetaban al trono, ¿podría considerarse realmente segura? ¿O bien sólo la habían librado de un enemigo para entregarla en manos de otro? Cier-

que los sacerdotes católicos estaban desterrados, ocultos ó en prisión. Ningún jesuíta ó benedictino que estimara en algo su vida, se atrevía ahora á presentarse vistiendo el hábito de su orden. Pero los predicadores é independientes habían ido en larga procesión á saludar al Jefe del Gobierno, y habían obtenido la misma acogida que los verdaderos sucesores de los apóstoles. Algunos cismáticos no ocultaban la esperanza de que pronto desaparecerían cuantos obstáculos les impedían disfrutar de los beneficios eclesiásticos, añadiendo que se modificarían los artículos de la fe anglicana y se reformaría la liturgia; que la Navidad cesaría de ser fiesta; que el Viernes Santo no sería día de ayuno; que el pan eucarístico, que nunca los Obispos se habían atrevido á tocar, sería distribuido, por canónigos sin ordenar, en los coros de las catedrales, sin que el oficiante se revistiera de la sagrada túnica de blanco lino, mientras los fieles departirían amigablemente, sentados con toda comodidad. Cier- to que el Príncipe no era un fanático presbiteriano, pero cuando más, no podía negarse que era tolerante. No tenía escrúpulo en comulgar según los ritos de la Iglesia anglicana; pero no le inquietaba en lo más mínimo la forma en que los demás comulgasen. Temíase también que su esposa se hubiera dejado llevar de las ideas del marido. Era su director espiritual Gilberto Burnet. Asistía á las predicaciones de diferentes sectas protestantes, y recientemente había dicho que no veía diferencia esencial entre la Iglesia anglicana y las otras Iglesias reformadas (1). Era, pues, necesario, que los *Caballeros* imitaran, en esta ocasión, la conducta de sus padres en 1641, separándose de los cabezas redondas y de los fanáticos, y defen-

(1) Albeville, nov. 9 (19), 1638.



diendo la causa de la monarquía hereditaria, á pesar de todas las faltas del Monarca.

Numeroso y respetable era el partido animado de tales sentimientos. Comprendía la mitad de la Cámara de los Lores, próximamente una tercera parte de las de los Comunes, la mayoría de los caballeros del campo y por lo menos nueve décimas partes del clero; pero estaba quebrantado por las disensiones y rodeado por todas partes de dificultades.

## XXIX.

## PLAN DE SHERLOCK.

Una fracción de este gran partido, fracción especialmente fuerte entre los teólogos y cuyo principal órgano era Sherlock, deseaba que se entablase una negociación con Jacobo y que se le invitase á regresar á Whitehall, en condiciones que plenamente asegurasen la constitución civil y eclesiástica del Reino (1). Es evidente que este plan, aunque sostenido enérgicamente por el clero, estaba en completa oposición con las doctrinas que el mismo clero había estado enseñando durante muchos años. Era, en realidad, una tentativa para adoptar un término medio donde no había lugar á términos medios; de efectuar una transacción entre dos cosas que en modo alguno la admitían: la resistencia y la sumisión. Habíanse encastillado anteriormente los toríes en el principio de la completa sumisión, pero la mayor parte de ellos

(1) Véase el folleto titulado: *Carta á un individuo de la Convención*, y la *Respuesta*, 1689; Burnet, I, 809.

habían ya abandonado aquella doctrina, y no estaban dispuestos á adoptarla de nuevo. Los *Caballeros* de Inglaterra, como partido, habían tomado tan gran parte, directa ó indirectamente, en la última sublevación contra el Rey, que no podían siquiera por vergüenza, hablar en aquel momento del sagrado deber de obedecer á Nerón, ni en realidad estaban dispuestos á reponer al Príncipe bajo cuyo mal gobierno habían sufrido tanto, sin imponerle condiciones que le imposibilitaran, en lo sucesivo, para abusar de su poder. Hallábanse, pues, en una situación falsa. Su antigua teoría, buena ó mala, era por lo menos completa y consistente. Si aquella teoría era buena, debía inmediatamente invitarse al Rey á volver, y permitirle, si tal era su gusto, hacer morir como reos de alta traición á Seymour y Danby, al Obispo de Londres y al Obispo de Bristol; restablecer la Comisión eclesiástica, llenar la Iglesia de dignatarios católicos, y poner el ejército al mando de oficiales papistas. Pero si aquella teoría, como al presente los mismos toríes parecían confesar, era absurda, ¿para qué tratar con el Rey? De admitir que se le pudiera excluir legalmente, mientras no diese satisfactorias garantías para la seguridad de la Constitución en la Iglesia y el Estado, no era fácil negar que se le pudiera excluir legalmente para siempre. Pues, en efecto, ¿qué garantía satisfactoria podía dar el Rey? ¿Cómo era posible redactar una ley del Parlamento, en términos más claros que los de aquellas leyes donde se ordenaban que el Dean de Christchurch fuese protestante? ¿Cómo era posible redactar una promesa, en términos más categóricos, que aquellos en que Jacobo había declarado repetidas veces respetar escrupulosamente los derechos legales del clero anglicano? Si la ley ó el honor pudieran obligarle, nunca se hubiera visto for-